

XI

EL BARCO PESQUERO

ESTABA extenuado y me desmayé.

Al abrir los ojos, dije que me encontraba repuesto y que quería ayudar al salvamento. El hombre que estaba inclinado sobre mí, y que debía ser algún *toubib*, me contestó que nada se podía hacer ya, y que íbamos con rumbo a la costa para poner al abrigo en algún lugar a los supervivientes de la catástrofe. Entonces rogué que me llevaran a presencia del capitán; pero fué imposible, porque se hallaba en aquel momento muy ocupado. En vista de esto decidí deambular por el puente con el fin de prestar mi ayuda a los supervivientes y heridos. ¡Qué lúgubre amon-tonamiento!

El *Ana Maria*—así se llamaba el barco pesquero, de la matrícula de San Juan de Luz—estaba lleno de los desesperados náufragos escapados a la muerte. ¡Cuántas lágrimas! ¡Qué desesperación en algunos de aquellos desgraciados, que habían perdido seres queridos: quién un hijo, quién una madre, una esposa o un amado esposo! ¡Y qué de maldiciones contra los boches!...

En vano se les quiso consolar con compasivas palabras, pues nada querían oír. Por otra parte, ¿qué se les hubiera podido decir que sirviera de lenitivo a su pena?

Tan sólo escuchaban a aquellos que pedían los mayores suplicios para sus verdugos.

Con grandes dificultades pude deslizarme hasta la escala de la toldilla, con la esperanza de poder ver cuanto antes a Gabriel y darme a conocer a él.

Me senté en un escalón, y mientras que los hombres de la tripulación distribuían infusiones calientes entre los desgraciados que me rodeaban, vino a reunirse conmigo el *toubib*, que había nacido en Dinant (Bélgica), y que había visto y oído lo bastante para que nada le pareciera extraño en los boches.

El nuevo crimen que acababa de presenciar no le sorprendía nada. Antes de asistir a sus asesinatos en el mar, había visto de lo que eran capaces en tierra firme.

En aquel momento estaba agotado, por los cuidados que había tenido que prodigar a los náufragos; pero lo que más le había impresionado era que acababa de arrancarse a la desesperación de una madre que no había abandonado los cadáveres de sus dos hijitas, y que le exigía que las volviera a la vida, jurándole que no estaban muertas, y que él nada sabía...

Aquel hombre me dijo con lágrimas en los ojos:

—Lo más terrible es pensar que este horrible atentado llenará de espanto al mundo durante cuatro días, pasados los cuales habrá todavía gentes que se pregunten: «¿Podrá ser verdad todo eso que cuentan de los boches?»

Cuando supe que habían perecido en el hundimiento más de ochocientos pasajeros, no pude dominarme, y, ante la estupefacción de todos, exclamé:

—¡El capitán Hyx tiene razón!

—También empiezo yo a creerlo, mi querido señor Herbert de Renich—dijo una voz detrás de mí.

Me volví y me encontré con Gabriel, quien se informó con el mayor interés de mi salud.

—¿También estaba usted en el *Lot et Garonne*, mi pobre amigo?—me preguntó, estrechando calurosamente las ma-

nos—. ¡Preciso es confesar que no es mucha su suerte para un neutral!

—¡Pues todavía es mucho menos de la que usted supone—repliqué en voz baja—, pues no estaba a bordo del *Lot et Garonne*, sino a bordo del submarino que lo ha torpedeado!...

—Ese es un misterio que va usted a explicarme—me dijo guiñándome un ojo, para darme a entender que había comprendido mi deseo de que aquel asunto quedara entre nosotros; y añadió: —En todo caso, espero que no se quejará usted de su suerte, que entre el submarino y el *Lot et Garonne* le ha conducido al *Ana María*... ¡Véngase, pues, a mi gambuza, y beberemos un *cocktail* a su salud y a la de los ausentes; allí podremos hablar con más tranquilidad!...

El vapor pesquero de Gabriel igualaba en su *confort* a los demás del mismo tipo contruidos en los años que precedieron a la Gran Guerra. Era indudable que la pesca efectuada debió ser abundante, pero por lo que se murmuraba en las crujiás del *Vengador*, colegí que el *Ana María* había sido utilizado por su dueño, en más de una ocasión para asuntos que exigían el misterio de los lugares más ocultos de la costa brava del Golfo de Vizcaya en todo su litoral. Asuntos realmente peligrosos, si los hay, y prohibidos por la ley, pero que, durante la paz, adiestran maravillosamente a un hombre en las terribles emboscadas de la guerra...

Así, pues, desde que ésta estalló, con qué alegría y ardor no habría recibido Gabriel ciertas misiones especiales cuando los mares, en su región Sur, empezaron a envenenarse con la plaga submarina alemana... ¡Con qué entusiasmo debió vigilar las bases secretas de abastecimiento y perseguir al monstruo en cuanto salía a la superficie!

¡Pero cuán dolorosamente se vió obligado a renunciar, durante algunas semanas, a la existencia gloriosa y noblemente trágica de limpiar los mares, cuando por sorpresa y amor a Dolores se halló prisionero del capitán Hyx!

Mas ahora volvía a izar su pabellón de guerra en la mesana del *Ana María*.

¿Después de qué aventuras? ¡Era necesario saberlo! No sentía yo menos curiosidad por conocerlas que él por penetrar en el secreto misterio de mi vida aventurera.

¡Qué cambio el suyo! Admiraba ahora su marcial y atractivo continente, con las piernas enfundadas en altas botas de cuero, la cabeza cubierta con el sombrero impermeable de levantadas alas, dejando al descubierto su bronceado rostro, curtido por las brisas marinas. ¡De qué intensa luz estaban animados sus azules ojos! Y este cambio se debía a haberse evadido del fondo del abismo, en donde se arrastra la astucia, el crimen y la venganza sin gloria, y haberse de nuevo convertido en el *combatiente de la superficie marina*.

¡Y con qué tripulación, Santo Dios! Ningún o casi ningún galón, sino muchachotes jóvenes o curtidos viejos marinos, caras infantiles al lado de hendidas bocas de bruja, de barbas corridas, y artilleros que parecían descender en línea directa de aquellos que sirvieron en las galeras del rey—en los tiempos que había reyes y galeras—, bronceados rostros de filibusteros, animados aún por la furia del abordaje.

Las bodegas, en las que en otros tiempos se amontonaban las reservas de, según ellos declaraban, bacalao fresco u otra clase de pesca, se hallaban ahora repletas de minas, granadas y cajas de obuses...

En el puente, en el que se alinearon impecablemente los atunes pescados en aguas españolas o en las costas lusitanas (como es natural, había que aparentar que se pescaba algo para complacer a la Aduana), soportaba ahora una artillería más que regular.

El balanceo hace vacilar mis pasos, el cabeceo me aturde un tanto (preservémonos del mareo, marinero de las profundidades). Lanzo una ojeada sobre aquella tripulación y sobre aquel conjunto improvisado de aventura, lanzado

por la guerra a través de las brumas marinas para combatir hasta la muerte y salvar a las víctimas del crimen alemán.

Los cañones están pintados aquí del acostumbrado color del cielo en esta estación, de azul pálido. Siempre cargados, se extienden sobre su crinolina de hierro, al lado de la que están, noche y día, los artilleros, que le dirigen palabras de dulce aliento.

En la gambuza del capitán (¡vaya cabeceo para un navío de guerra!) cuelgan ahora de los garfios revolvers de ordenanza o fusiles modelo 94, en lugar de los anteojos de larga vista y arpones que antes pendían... En verdad que compadezco a Fritz si cualquier día caen sobre él, y a ese maldito von Treischke, a quien han estado a punto de aplastar junto con su abominable submarino. No ha faltado ni tanto así, palabra de honor.

Traen los *cocktails*. Por poco habituado que se esté a las travesías y a la amistad del capitán de un buque, se habrá observado, sin duda alguna, que no hay conversación con verdaderas gentes de mar sin sus correspondientes *cocktails*... Cada cual los hace a su modo; pero, en general, sus *cocktails* están elaborados con mezclas fuertecitas y reconfortantes.

XII

EN EL QUE SE HABLA NUEVAMENTE DE CIERTAS ISLAS

MIENTRAS charlamos y bebemos, Gabriel se da cuenta del lamentable estado de mis vestidos y pone a mi disposición su guardarropa. Sin ningún reparo acepto su último par de calcetines y una gruesa camiseta de punto. Es todo lo que le queda, pues ha vaciado sus maletas, repartiendo el contenido entre los naufragos. Así me gustan a mí los hombres.

—¡Ah, ah, señor Herbert de Renich!, ¿sabe usted que el capitán Hyx está furioso contra usted?

—Le agradecería que, antes que nada, tuviera la bondad de darme noticias de la señora von Treischke.

—Lo lamento; pero no he vuelto a verla. Los acontecimientos se precipitaron después de la fuga de usted. Lo que sí puedo asegurarle es que cuando desembarqué del *Vengador*, nada de desagradable le había ocurrido a esa honorable dama, excepto lo que ya usted sabe. En cuanto al capitán Hyx, se hallaba dominado por una rabia terrible contra usted, jurando que le haría pagar cara su evasión y determinadas iniciativas que, según parece, ha tomado usted y que me han parecido haber contrariado sus planes. Debo decirle, sin embargo, que no comprendí más que a

medias lo que decía: de tal manera estaban llenas sus frases de cólera y oscuros sobreentendidos...

—¡Ay de mí! —exclamé—; yo las comprendo perfectamente, aun sin haberlas oído... Hubo un tiempo—añadí—en que me hubiera causado una profunda admiración la mala suerte que desencadena contra mí el odio de ciertos hombres temibles, cuya amistad jamás busqué y cuyo odio hubiera querido evitarme...; pero hoy me he vuelto un poco fatalista y ya nada me extraña. Está escrito que nada puedo hacer sin que resulte algo desagradable, y bien veo que no estaré tranquilo hasta que me muera... La muerte es un desesperado recurso en el que ya empiezo a pensar seriamente... A este respecto tengo una idea que voy a decirle...

—¿No pensará usted en el suicidio?—me preguntó Gabriel con un interés que me conmovió.

—¡Eso no, pues la religión lo prohíbe! Pero antes de abordar un asunto para el que le pediré un consejo, dígame cómo pudo escapar a sus carceleros y déme noticias de la señorita Dolores.

Al oír esto, una ligera nube obscureció la frente del bravo y gallardo Gabriel, y me contestó en voz baja:

—¿Sabe usted que Dolores fué desembarcada cuando el asunto de las islas Cíes?

—Ya lo creo que lo sé—exclamé—. ¡Como que la he visto en las islas Cíes, curando los heridos de no sé qué batalla y con el distintivo de la cruz negra en la frente!

—¡Misericordia divina! ¿Quiere usted callarse?—gruñó Gabriel. Y cerró la puerta, que había quedado entreabierta.

Encontraba en Gabriel ese espanto que se reflejaba en todos los semblantes cuando se hablaba del misterio de las islas Cíes, y sobre todo cuando se hacía alusión a aquella extraña e incomprensible *batalla invisible*, de la que parecían ser el centro. Así, pues, también sabía él algo. También sabía que había que callar. Pero ¿sabía también por qué había que callar?

—Según veo—dije bajando la voz—parece ser que he tocado un asunto peligroso.

Gabriel me consideró en silencio, con atención molesta.

—Mire usted—reanudé—. Me parece que estamos perdiendo un tiempo precioso, hablando *inútilmente*... Opino que si queremos ayudarnos mutuamente, debemos confiarnos uno a otro... Sé que hay palabras muy peligrosas de decir... Por mi parte estoy dispuesto a decirle todo lo que sé (acababa de tomar mi partido); pero ha de ser con la condición de que esta misma noche me tiene usted que ayudar en cierto proyecto que acabará con todos mis infortunios.

—Si no se trata de un acto de desesperación, cuente usted conmigo—contestó Gabriel.

—Tengo su palabra, y ahora puedo comenzar.

Le relaté todos los acontecimientos que habían acompañado y seguido mi evasión: lo que vi en las islas Cíes; mi visión de la extraña artillería lenta; el desfile de los heridos; las fundiciones y cuarteles; el hospital en donde vi a Dolores; la extraña emoción que invadía a mis interlocutores cuando pronunciaba estas palabras: *la cota seis metros ochenta y cinco* (cosa rara, al oír estas palabras Gabriel se quedó tan tranquilo); hablé luego del hidroplano; mis quejas con von Treischke; del Consejo de guerra en el que me vi obligado a explicarme sobre el *Vengador*; de mi forzada estancia en el submarino... Todo... Se lo dije todo... *todo lo que me atañía, excepción hecha de lo concerniente a la dama velada.* (Era éste un asunto entre el capitán Hyx, mí y mi madre, puesto que su existencia, ¡ay!, dependía de mi silencio relativamente a Amalia.)

Gabriel me había escuchado con profunda atención y había a su vez:

—Dolores—me dijo—está mucho más informada que yo. Tengo la sensación de que no me lo ha dicho todo sobre la terrible aventura. Es muy piadosa, y además muy supersticiosa. El capitán Hyx ha debido hacerla jurar por no sé qué

imagen de Compostela o por qué Virgen del Pilar para que no me diga ciertas cosas... Tenga usted la seguridad de que estas cuentas se ajustarán más tarde o más temprano, pues es el caso que Dolores obedece al capitán Hyx con una sumisión que será necesario explicar.

«Desembarcó del *Vengador* para las islas Cíes, quedándose yo en el submarino, y ella encontró eso muy natural. En el momento de su desembarco fueron inútiles mi sorpresa e indignación, pues me ordenó con la mayor tranquilidad que la dejara irse sin escándalo, prometiéndome un pronto regreso. ¿Sabía ella que no iba a volver? Nada sé. Yo no sabía en aquel momento que iba a cuidar heridos, pues no lo supe hasta más tarde, y le diré cómo... *ya que parece usted saber tanto como yo...* El *Vengador* reanudó su ruta. Nada le diré a usted de mi furor, que, como usted comprenderá, era legítimo y había llegado a su paroxismo.

»El capitán Hyx pudo, sin embargo, calmarme con promesas. Según él, vería a Dolores al día siguiente; pero, llegado éste, supo vuestra fuga y se exasperó de una manera terrible. En ese estado me encontré con él y le hice saber que no estaba dispuesto a permanecer ni una hora más en su maldito submarino; que para conseguirlo no me tomaría la molestia de evadirme como usted, sino que me levantaría la tapa de los sesos en su presencia; y saqué un revólver.

»—Guarde ese arma—me dijo—. No es ella quien le libertará, sino mi propia voluntad. Por otra parte, *ya no tengo necesidad de usted aquí*, y voy a hacer que entre de nuevo en filas. Esta misma noche estará usted en Brest; pero con una condición: y es que va a darme usted su palabra de honor de que, inmediatamente que desembarque usted, irá a ponerse a la disposición de sus jefes, como, por otra parte, es su deber.

»—De acuerdo—le contesté—; pero ¿qué diré a mis jefes cuando me pregunten lo que he hecho durante mi larga ausencia?

»—Les dirá usted que ha estado prisionero del capitán Hyx... Esto les bastará. Conociendo como conocen el patriotismo y la bravura de usted, no dudarán de su palabra.

»—¿Conocen ellos al capitán Hyx?

»—Si le conocieran—contestó el enigmático capitán con una singular sonrisa que no logró ocultar el antifaz—, ya le hubiese dado una carta para ellos; *pero nadie en el mundo conoce al capitán Hyx*. Sin embargo, no se le prohíbe que hable usted de él.

»Ya no volví a verle. La misma noche, una canoa automóvil del *Vengador* me desembarcaba en la costa, a varios kilómetros al Norte de Brest. Me dirigí a esta ciudad y, como prometí, me presenté en la comandancia.

»Cosa singular: nadie se sorprendió de mi presencia. Recibí la orden de ir inmediatamente a San Juan de Luz y hacerme a la mar con el *Ana María* una vez recibiera instrucciones selladas.

»Aquellas instrucciones no debía abrirlas hasta hallarme en alta mar. Era ésta una formalidad a la que ya estaba acostumbrado y que en modo alguno me sorprendió.

»En resumen: todo se arreglaba de la mejor manera, y ya me veía, de acuerdo con mis deseos, a bordo del *Ana María*, vigilando los mares y las costas, y, sobre todo, navegando con rumbo a las islas Cíes, en donde nada me impediría reunirme con Dolores y llevármela a bordo, de grado o por fuerza...

»Pero cuando me hallé en alta mar y me enteré de las instrucciones selladas de mis superiores, ¡cuál no sería mi estupefacción y mi cólera al leer *que se me prohibía acercarme a las islas Cíes!*

»Entonces comprendí la insistencia del capitán Hyx en exigir mi palabra de que me pondría a disposición de las autoridades marítimas en cuanto pisara tierra, *pues sabía ya que me prohibirían aproximarme a las islas Cíes*.

»¿Qué misterio era aquél tan precioso y temible, tan bien guardado y *tan bien defendido por todos?* Estremeciame de

rabia al pensar que permanecería para mí impenetrable y que al no poderme acercar a él tampoco lo podía de Dolores...

»Sin embargo, releyendo mis instrucciones, pude comprobar que la prohibición de acercarme a las islas Cíes estaba redactada de tal manera, que un ingenio sutil podía sacar un buen partido de aquella redacción. Efectivamente, se me prohibía acercarme a las islas Cíes con *mi barco*... Pues bien, iría sin el *Ana María*: eso era todo...

»Idea culpable, de la que estuve a punto de ser terriblemente castigado; pero, como usted sabe, el amor es más fuerte que todo y hace de uno el hombre más ingenioso del mundo cuando se trata de engañar al universo entero para alcanzar el fin que se desea.

»Aquel fin, sin embargo, no pude alcanzarlo, y estuve a punto de dejar la piel en aquella expedición, como verá usted más adelante.

»Una noche desembarqué solo y con el mayor misterio en la bahía de Aldan, que está situada al Norte de las islas Cíes, siendo también por el Norte la que más próxima está a la bahía de Vigo.

»En la punta de Estripero sabía yo dónde encontrar a un amigo seguro, de la época del contrabando, que disponía de un vigoroso caballo como los que se necesitan en el oficio.

»Con aquel excelente animal pude estar al despuntar el día en la ensenada de Redonda, que está situada frente a la mayor de las islas Cíes, y a la que denominan Monte-Agudo.

»Había, pues, atravesado casi toda la península desierta que separa la bahía de Aldan y la de Vigo. No había allí ningún poblado, casa alguna; sabía que no encontraría más que rocas y soledad, excepción hecha de cierta cabaña de barro, en la que habitualmente dormitaba un buen carabínero, también amigo mío, que se llamaba Gallardo.

»No encontré a éste en su choza, quizá porque estaba de inspección, vigilando la costa contra las ilegales empresas

de los malos muchachos, como era su deber; pero yo sabía dónde hallar su barquichuela, que tan útil nos había sido en más de una ocasión, y que se guarecía de las borrascas marinas tras las rocas del cabo del Home.

»De esta punta a la de Monte-Agudo, la mayor de las islas Cíes, no hay dos millas marinas. No necesito decir a usted el ardor con que empuñé los remos de la barca de Gallardo, luego de atar mi caballo en la estaca en la que estaba aquella amarrada, y me lancé al mar.

»Estaba éste aún bastante obscuro, pues apenas empezaba a despuntar la aurora tras los montes de Nuestra Señora del Alba. Yo esperaba llegar a las islas Cíes sin ser visto de nadie, pues se había levantado una brisa favorable, y habiendo izado el mástil y la vela, me deslizaba velozmente viento en popa.

»Desgraciadamente, alguien debió verme desde la costa de la isla, pues vi despegarse de ella una canoa automóvil que vino a mi encuentro. Una voz me interpeló preguntándome en español lo que quería, contestándole yo que era mi deseo pescar en las islas Cíes. Se me contestó que debía saber que no solamente no tenía derecho a pescar en aquellas islas, sino que también estaba prohibido su acceso por orden del Almirantazgo, y se me ordenó que pasara de largo.

»Al mismo tiempo aquellos señores de la canoa automóvil descubrieron un cañoncito cuya boca de acero comenzaba a lucir bajo los primeros rayos del sol.

»No tenía más remedio que volver hacia atrás, lo que hice orzando. Al efectuar el regreso me dejé arrastrar por una corriente insospechada por mí, mucho más bajo de lo que pensaba, abordando no en la Redonda, sino en la punta de Subsidio, desde la que se descubre toda la bahía de Barra que abre una primera bolsa interior en el inmenso estuario de Vigo, bolsa tan bien cerrada y tan altamente cercada de acantilados, que forma allí como un puerto aparte en la rada, tan bien y tan naturalmente defendido

contra toda inquisición o curiosidad de fuera, que en un tiempo no muy lejano, habíalo yo utilizado como depósito de cierta mercancía sobre cuya naturaleza creo inútil darle detalles, mi querido amigo.

»Además, el interior es aún más desierto y salvaje, si cabe, que toda la comarca que lo rodea, la que le aseguro que nada tiene de agradable, exceptuando, claro está, para las malas cabezas.

»Ni una mala casa de ese lado hasta Cangas, de la que se está separado por la bahía de Limens. (Para hacerme seguir mejor las peripecias de su aventura, no solamente me citaba todos los lugares, si que también me los iba indicando con el dedo sobre un mapa que había extendido ante mis ojos.) Pero asómbrese usted, mi querido amigo: ¡cuál no sería mi estupefacción al descubrir que aquel rincón que tan abandonado había yo conocido un año antes, estaba ahora casi enteramente edificado!

»Había allí extrañas construcciones que avanzaban hasta el borde del agua, almacenes que se levantaban sobre pilotajes y que cubrían una parte de la ensenada, mientras que a ras del agua y asentándose igualmente sobre pilotajes, se levantaba una gran barrera formando barbacana, que interceptaba la entrada y proximidad a las construcciones e impidiendo que desde alta mar se vieran las obras que estaban realizando. También observé que pendían de la barbacana lonas embreadas hasta el nivel de las aguas en la marea baja. Fuera de esto no se veía allí alma viviente.

»Muy intrigado, salté a la orilla y trepé por el acantilado. Allí aumentó mi sorpresa al ver verdaderos cuarteles rodeados de muros altísimos.

»Instintivamente me oculté al divisar una patrulla que salía de la entrada principal y que parecía estar en aquellos lugares para ejercer vigilancia y hacer preguntas indiscretas a los viajeros de mi especie.

»Aquellas gentes no parecían estar armadas; pero (se lo digo tal y como lo pienso) tenían un aire militar boche,

una manera de estar en filas y marcar el paso como si estuvieran en una parada, que no podía engañarme. Estaban vestidos de paisanos; ¡pero qué disciplina! ¿Qué significaba todo aquello? Como comprenderá usted, no soy tan tonto que fuera a preguntárselo; pero cuando desaparecieron, me deslicé a lo largo de los muros, detrás de los cuales oía singulares ruidos.

»Del interior de aquel recinto tapiado vi salir de pronto un verdadero ejército de obreros; serían unos cuatrocientos, llevando todos ellos extrañas herramientas a la espalda, o bien arrastrándolas ante o detrás de ellos, y que se dirigieron hacia la ensenada, desapareciendo luego en las misteriosas construcciones del borde del agua.

»¿A qué trabajo se dedicaban aquellas gentes? ¿Qué empresa era aquélla? ¿Y por qué no iba yo a preguntárselo sencilla y honradamente?... ¡Pues a causa de su *aire bochel*!

»A mi juicio, todas aquellas gentes eran boches, y llegué a persuadirme de ello. Después de todo, estaban en su derecho, ya que se hallaban en un país neutral. ¿Qué podía haber de extraordinario en que explotaran un negocio boche en un país neutral? ¡*Qué caramba, aquel negocio habla surgido después de la guerra!* ¡Pero en fin, ya que estaban allí es que tendrían derecho a ello! ¡Pues bien, también lo tenía yo; faltaba saber si los demás me lo reconocerían!

»No había entrado en España de una manera muy católica; así, pues, tenía que procurar, dentro de lo posible, el evitar cualquier incidente.

»Como mi curiosidad estaba despierta, llegué detrás de un muro en el que ciertas piedras sobresalían más que otras de espacio en espacio, como ocurre en ciertas construcciones destinadas a soportar otras, a las que se les deja una balaustrada de albañilería. Saltando sobre ella, pude llegar hasta el borde del muro, adoptando grandes precauciones y con mucho cuidado para no ser descubierto.

»Hace un momento me ha hablado usted de la artillería

lenta que vió usted en las islas Cíes y de sus extrañas maniobras, a las que por un azar asistió usted. Le oía con gran atención, porque también yo vi en los patios de aquellos cuarteles artillería y artilleros que evolucionaban de una manera extraña, increíblemente extraña.

»Sepa usted que he visto allí unos enormes *cañones cuadrados*, que los artilleros no manejaban con sus manos, sino con brazos de bronce al extremo de los cuales había unas pinzas de acero a guisa de manos.

»Como puede imaginar, hubiera sido mi deseo el prestar una atención más prolongada a las extrañas maniobras de aquella no menos extraña artillería; pero no tuve tiempo, pues se me hicieron varios disparos desde una tronera, cuya existencia ni había sospechado, y me tiré desde lo alto del muro con una ligereza incomprensible.

»Se había dado la alarma; ya imaginará usted qué cacería comenzó y cuál era la pieza a cobrar.

»De no haber conocido yo el terreno mejor que mis perseguidores, jamás hubiera podido salir de aquel atolladero. Fui además auxiliado por mi amigo el carabinero Gallardo, que me ocultó en un momento crítico, contestando con tal serie de mentiras a las preguntas que le hicieron, que la misma noche de mi inexplicable aventura me podía considerar sano y salvo.

»A la noche siguiente me acompañó Gallardo al punto de la costa en que había citado a mis marineros y embarqué después de abrazarle con efusión, a pesar de haberme contestado con vaguedades a todas las explicaciones que le pedí.

»En cuanto llegué a bordo, pensé en mi deber, que me ordenaba dar cuenta a mis jefes de todo lo que había visto en las inmediaciones de las islas Cíes y de la bahía de Barra. Para ello tenía que confesar que había faltado, si no a la letra de las instrucciones, por lo menos a su espíritu; pero no vacilé, pues el asunto me parecía de gran importancia. Hice, pues, un informe secreto, que envié apenas llegado a San Juan de Luz.

»Al día siguiente subió a bordo del *Ana María* un «pez gordo» que se encerró conmigo en este mismo camarote y me dijo:

»—Merecía usted que se le formara consejo de guerra y quizá el ser fusilado. Todo se le perdonará, sin embargo, si se compromete usted a no volver jamás a las islas Cíes. ¡Lo que en ellas pasa no le importa nada!... Sabemos lo que allí le atrae; pero tranquilícese usted, pues su prometeda no corre ningún peligro y está prestando servicios inapreciables. ¡Déjela usted cumplir sus deberes y cumpla usted con el suyo!

»Dicho esto se fué, dejándome nuevas instrucciones referentes a los submarinos y a sus bases de abastecimiento. Al comenzar usted su relato, estaba resuelto a no decir nada sobre *la batalla invisible*, como usted la llama. Mi relato y el suyo se completan, y aunque no haya salido de ellos mucha luz, estoy tranquilo respecto a Dolores, y eso ya es mucho...»

Dejó de hablar, y mientras vaciábamos el tercer *cocktail*, reflexionamos largamente.